

«EL ESPÍA MÁS FORMIDABLE DE LA HISTORIA.» IAN FLEMING

OWEN MATTHEWS

UN ESPÍA IMPECABLE



RICHARD SORGE, EL MAESTRO DE ESPÍAS
AL SERVICIO DE STALIN

CRÍTICA

Owen Matthews

Un espía impecable

Richard Sorge, el maestro de espías
al servicio de Stalin



Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2021

Un espía impecable. Richard Sorge, el maestro de espías al servicio de Stalin
Owen Matthews

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *An Impeccable Spy. Richard Sorge, Stalin's Master Agent*

© Owen Matthews, 2019
International Rights Management: Susanna Lea Associates

© de la traducción, Luis Noriega, 2021

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-267-7
Depósito legal: B. 21.781-2020
2021. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

«De la escuela al matadero»

Te integraban a las ambiciones imperiales y luego te dejaban ir por el mundo con la sensación de que formabas parte de una élite, pero con el corazón helado. Cuando te has convertido en ese chico helado, pero eres un tío encantador que al menos en apariencia funciona correctamente, hay dentro de ti un montón de tierra baldía a la espera de ser cultivada.¹

John le Carré

Richard Sorge nació en 1895 en Bakú, la ciudad más rica, corrupta y violenta del imperio ruso. Durante siglos, el petróleo y el gas habían estado brotando del suelo de forma natural en las tierras pantanosas junto al mar Caspio, donde la gente los veía estallar en llamas con una mezcla de miedo y veneración. Fueron un par de hermanos suecos, Ludwig y Robert Nobel, quienes transformaron ese páramo apestoso en una gran ciudad petrolera cuando en 1879 los taladros abrieron el primer pozo surtidor. La fuente de riqueza resultante atrajo a obreros, arquitectos y comerciantes procedentes de toda Rusia, así como a la retahíla de prostitutas, revolucionarios y oportunistas propia de toda ciudad que experimenta un auge repentino. Bakú, en palabras de uno de sus residentes más famosos, Iósif Stalin, se convirtió con rapidez en un centro de «libertinaje, despotismo y extravagancia» para los ricos.² En cambio, para la clase trabajadora, que malvivía con esfuerzo en las insalubres chabolas de las compañías petroleras, era una zona gris de «humo y penumbra».³ El propio gobernador de

Bakú la describió como «el lugar más peligroso de Rusia», mientras que en palabras del escritor Máximo Gorki, entonces un joven agitador, «los pozos de petróleo de Bakú daban la impresión de que se estaba ante una imagen del infierno».⁴

Es posible que fuera un infierno, sí, pero era uno del que brotaban chorros de dinero. Los petroleros extranjeros, atraídos por los altos salarios y la posibilidad de hacer lucrativas inversiones en las compañías petroleras que proliferaron de la noche al día, acudieron en masa a la humeante ciudad del Caspio.⁵ Uno de ellos fue Wilhelm Richard Sorge, un ingeniero de perforación oriundo de la pequeña ciudad de Wettin am Saale, en Sajonia. Después de pasar varios años en los campos petroleros de Pensilvania, llegó a Bakú en 1882, a la edad de treinta y un años, contratado por la Compañía Petrolera del Cáucaso, una filial de la empresa de los hermanos Nobel.⁶ Otro buscador de fortuna que había recalado en Bakú era el comerciante Semión Kóbolev, que se trasladó desde Kiev para aprovechar las oportunidades de negocio que ofrecía la ciudad y en ella nació su hija Nina.⁷ En 1885, cuando tenía dieciocho años, Nina conoció a Wilhelm Sorge y se casó con él.⁸ Una unión del petróleo y el comercio forjada en un infierno esencialmente capitalista.

Las calles de las barriadas de Bakú, donde residían los trabajadores de los Nobel y los Rothschild, estaban «cubiertas de basura en descomposición, perros destripados, carne podrida y heces».⁹ La ciudad vivía literalmente asfixiada por sus propios efluvios. «El petróleo se filtraba por todas partes», recordaría Anna Alilúyeva, que vivió allí una década más tarde con su revolucionario cuñado Iósif Stalin. «Los árboles no podían crecer en esa atmósfera venenosa.»¹⁰ Sin embargo, la familia Sorge, como los expatriados acomodados de generaciones posteriores, logró mantenerse alejada de la inmundicia, la violencia y el naciente fervor revolucionario de los residentes alemanes de Bakú. Alquilaron un bonito edificio de ladrillo de dos plantas en las afueras de la ciudad, en el próspero barrio de Sabunçu, al noroeste de Bakú. Si bien es posible que, de acuerdo con la descripción del novelista Essad Bey, el centro de Bakú fuera entonces «no muy diferente del Salvaje Oeste, un lugar en el que los bandidos y los ladrones

campaban a sus anchas»,¹¹ Sabunçu era un paraíso de respetabilidad para la clase media, un barrio con calles amplias bordeadas de acacias que pronto podría presumir de contar con la primera línea del tranvía eléctrico de la ciudad. La casa de los Sorge sigue en pie, convertida en un tugurio en ruinas en el que se apiñan diez familias de refugiados. Los jardines son ahora un laberinto de cobertizos a medio construir habitados por motocicletas descuartizadas y gallinas escandalosas.

Una fotografía de grupo tomada en 1896 muestra a los Sorge como una familia burguesa alemana ideal. El paterfamilias Wilhelm Sorge, con barba y levita, se apoya en una barandilla con gesto solemne. Los cinco hijos supervivientes (otros cinco murieron en la infancia),¹² vestidos con trajes a juego oscuros, se distribuyen en los escalones que bajan al jardín, donde para la ocasión se han extendido alfombras sobre el césped. Richard, que entonces apenas tenía ocho meses de edad, aparece posado en un macetero de madera, sostenido desde atrás por la madre y rodeado por un grupo de sirvientas vestidas con uniformes sencillos.

En la confesión autobiográfica que escribiría en una cárcel japonesa en 1942, Sorge no menciona a su madre salvo para señalar que era de nacionalidad rusa. No obstante, parece ser que Nina Sorge hablaba a sus hijos en alemán en lugar de en ruso, su lengua materna, lo que hizo que el joven Richard se sintiera extranjero por partida doble: apartado tanto de la agitada vida oriental del Bakú azerí como de la élite colonial rusa de la ciudad. Cuando más tarde se mudó a Moscú, Sorge tuvo que aprender de cero la lengua de su madre rusa.¹³

Wilhelm Sorge era, «sin lugar a dudas, un nacionalista y un imperialista ... incapaz de librarse de la impresión que le causara en su juventud la construcción del imperio alemán durante la guerra de 1870-1871», escribe Sorge en las memorias redactadas en prisión. «Era un hombre muy consciente del patrimonio que había acumulado y de la posición social que había alcanzado en el extranjero.»¹⁴

Pese al severo patriotismo prusiano de Wilhelm, hay indicios de que los Sorge también poseían un espíritu rebelde fuerte y

arraigado. El tío abuelo paterno de Richard, Friedrich Adolf Sorge, se había unido en 1848 a una rebelión armada contra las autoridades sajonas y, tras el fracaso de la revolución, en 1852 emigró a Estados Unidos.¹⁵ Allí se convirtió en un comunista apasionado y se desempeñó como secretario general de la Asociación Internacional de Trabajadores (más conocida como la Primera Internacional) cuando en la década de 1870 la organización se trasladó a Nueva York. Además, mantuvo una amplia correspondencia con dos compatriotas alemanes exiliados en Londres, Karl Marx y Friedrich Engels.¹⁶

En Bakú, los niños Sorge aprendieron que su «patria» era una Alemania que nunca habían visto, y crecer como un expatriado aislado quizás contribuyó a insuflar en Sorge la sensación de otredad que le acompañaría toda la vida. Cuando Richard tenía cuatro años, el padre decidió regresar a su país y la familia se mudó a Berlín, pero en cierta medida el vínculo con Rusia se mantuvo porque uno de los negocios en los que participaba el banco alemán en el que Wilhelm Sorge terminó trabajando era la importación de nafta del Caspio desde Bakú. Sin embargo, resulta claro que en su nueva patria Richard nunca acabó de sentirse en casa. «Lo que hacía que mi vida fuera diferente de la mayoría era la conciencia muy intensa de que yo había nacido en el sur del Cáucaso», escribió en la confesión redactada en prisión. «En muchos aspectos nuestro hogar también difería enormemente del de la familia burguesa promedio de Berlín». El hecho de ser una familia mitad alemana y mitad extranjera, añadido a las «peculiaridades» de su pasado de expatriados, hizo que «todos mis hermanos y hermanas fueran un poco distintos a los escolares normales y corrientes».¹⁷

Los Sorge se establecieron en las afueras de Berlín, en el próspero barrio de Lichterfelde, «en medio de la relativa calma que resulta habitual a la burguesía adinerada».¹⁸ De acuerdo con su propio testimonio, en la escuela Richard fue un alumno difícil pero brillante que «desafiaba el reglamento de la escuela, era obstinado y caprichoso y rara vez abría la boca».¹⁹ A sus interrogadores japoneses les dijo que estaba «muy por encima del resto de la clase ... en historia, literatura, filosofía y ciencias políticas»

y también se jactó de su habilidad atlética. En esa época, contó a sus captores, soñaba con convertirse en un saltador olímpico. Hacia los quince años, el joven Sorge desarrolló un ávido interés por Goethe, Schiller, Dante, Kant «y otros autores difíciles». Más tarde, le gustaba describirse como un «estudioso itinerante» o un «barón ladrón», dos personajes de la poesía romántica alemana. *Los bandidos* de Schiller, la historia de una especie de Robin Hood germano que roba a los ricos y protege a los pobres, era uno de sus libros favoritos.²⁰

A su muerte, en 1911, Wilhelm Sorge dejó a sus hijos un patrimonio que les permitía vivir con comodidad. En el hogar de los Sorge «no existían las preocupaciones económicas».²¹ Tras el fallecimiento del padre, el joven Richard se tornó más serio y se interesó de forma particular por la historia y la política. «Conocía los problemas de la Alemania de la época mejor que el adulto promedio», explicó a los japoneses. «En la escuela me llamaban “primer ministro”». El hecho de que, ya en su madurez, Sorge siguiera sin advertir ironía alguna en ese apodo escolar acaso dice mucho sobre su autoestima. Sus maestros le consideraban talentoso, pero también holgazán y fanfarrón.²² Por esa época se unió al Wandervögel («El pájaro viajero»), un movimiento juvenil patriótico y romántico que organizaba campamentos y caminatas vacacionales para los adolescentes del imperio alemán que deseaban llevar una vida sana y sin vicios, y no deja de ser ilustrativo que Sorge prefiriera describirlo luego como «una asociación deportiva de la clase trabajadora». En agosto de 1914, la noticia de que Alemania estaba en guerra le sorprendió en Suecia, precisamente en una acampada del Wandervögel.

Animados por un deseo ferviente de responder al llamamiento de la patria, los jóvenes se apresuraron a abordar el último barco de vapor con destino a Alemania. El 11 de agosto, sin consultar a su madre ni informar a la escuela, donde aún debía examinarse para obtener el graduado escolar, Sorge se presentó en una oficina de reclutamiento en Berlín y se alistó en el Ejército Imperial alemán como soldado raso. «Tomé esa decisión impulsado por un intenso afán de buscar nuevas experiencias, un deseo de liberarme de los estudios escolares y de todo el sinsentido

y el despropósito que, según pensaba a los dieciocho años, caracterizaban la vida de los jóvenes», escribiría, antes de añadir, acaso con mayor honestidad, que se había visto atrapado en el «arrebato general de emoción que la guerra había suscitado».²³ Es verosímil que también influyera en él la sombra del severo patriotismo de su difunto padre.

Le destinaron al batallón de estudiantes del 3.º Regimiento de Artillería de Campaña de la Guardia y se le proporcionó, según su propio testimonio, «un curso de adiestramiento de seis semanas, por completo inadecuado, en un campo de instrucción a las afueras de Berlín».²⁴ A finales de septiembre, concluida esta deficiente preparación, Sorge y sus compañeros fueron enviados al río Yser en Bélgica. Ante ellos, fuerzas regulares de los ejércitos belga y británico mantenían con obstinación sus posiciones. Rebosantes de entusiasmo ingenuo, los miembros del batallón de estudiantes de Sorge abandonaron por primera vez la seguridad de las trincheras para atacar al enemigo el 11 de noviembre, en Dixmude, al sur de Ypres. Fue una masacre. Cualquier fantasía romántica que el joven Sorge pudiera haber abrigado acerca de la guerra quedó hecha pedazos, junto con los cuerpos de la mayoría de sus colegas, el día que conoció la acción. «Ese período podría describirse como “de la escuela al matadero”», recordaría tiempo después con manifiesta amargura.²⁵

Los supervivientes alemanes de la generación furiosa y engañada que fue a la guerra en 1914 describirían la carnicería que tuvo lugar en el frente occidental como la *Kindermord*: la matanza de los inocentes. La experiencia «sembró en los corazones de mis camaradas y en el mío un malestar psicológico terrible, el primero que nos embargaba ... saciada por completo la sed de batallas y aventuras, vinieron varios meses de un vacío silencioso y reflexivo».²⁶

Al igual que para muchos miembros de su clase y generación, la experiencia de la guerra resultó para Sorge tremendamente impactante, pero también formativa. El joven y brillante disidente encontró que su razón comenzaba a rebelarse contra la inutilidad y la insensatez del conflicto. «Medité sobre lo que sabía de la historia y comprendí ... cuán absurdas eran esas guerras

que se repetían una y otra vez. Mi curiosidad política me llevó a preguntarme qué motivos había tras esta nueva guerra de agresión. ¿Quién deseaba capturar este objetivo a costa del sacrificio de tantas vidas?»²⁷

Por primera vez en la vida, Sorge, el alumno del gimnasio y el hijo del banquero, se encontró codo a codo compartiendo experiencias con miembros auténticos del proletariado. Sin embargo, descubrió con evidente sorpresa, los «simples soldados» con los que trabó amistad no parecían tener ningún interés en examinar las causas profundas de un conflicto en el que su única función era ser carne de cañón. «Nadie sabía cuál era el verdadero propósito de la guerra, por no hablar de su sentido profundo. Ninguno de ellos entendía siquiera el porqué de nuestros esfuerzos. La mayoría de los soldados eran hombres de mediana edad, trabajadores y artesanos de oficio. Casi todos pertenecían a algún sindicato industrial, y muchos eran socialdemócratas.» Entre ellos, Sorge solo encontró a un «izquierdista de verdad, un viejo albañil de Hamburgo, que se negaba a hablar con nadie acerca de sus convicciones políticas».²⁸ Terminaron haciéndose muy amigos y tal vez Sorge encontrara en él una figura paterna alternativa. El viejo albañil le habló a su joven protegido de su vida en Hamburgo, donde había conocido la persecución y el desempleo. Formado en un mundo de patriotismo incuestionable, Sorge nunca antes había conocido a un pacifista. La fértil amistad se truncó a principios de 1915, cuando el viejo socialista murió en combate.

Unos meses más tarde, le llegó a Sorge el turno de probar el acero enemigo. En junio de 1915 su unidad fue trasladada a Galitzia, en la frontera entre Rusia y el imperio austrohúngaro, de modo que por primera vez tuvo que luchar en nombre del país de su padre contra el país de su madre. En julio, recibió un trozo de metralla rusa en la pierna derecha y le trasladaron al hospital militar Lazarett Lankwitz de Berlín para que se recuperara. Una fotografía tomada en esos días nos lo muestra de pie, cogido del brazo con un joven de gafas, su primo y amigo Erich Correns (más tarde un destacado químico y político de Alemania Oriental). El futuro espía sostiene un cigarro en la mano derecha y vuelve la cabeza para mirar a su colega; Correns sonríe. A pesar

de que este último luce en el pecho el lazo de la Cruz de Hierro, ambos jóvenes parecen los estudiantes de secundaria que hasta hace muy poco eran.²⁹

Sorge aprovechó la convalecencia en el Lazarett Lankwitz para presentarse al examen de graduado escolar, que aprobó con las mejores notas. También se inscribió en la facultad de medicina de la Universidad de Berlín y comenzó a asistir a algunas clases. Sin embargo, la Alemania a la que entonces regresó era muy diferente de la que había dejado cuando se marchó al frente. «Con dinero era posible comprar cualquier cosa en el mercado negro. Los pobres estaban furiosos. Al parecer, la excitación inicial y el espíritu de sacrificio habían dejado de existir. Empezaban a surgir los especuladores que pretendían sacar provecho de la escasez, la gente compraba y vendía cosas a escondidas, y los elevados ideales que sustentaban la guerra se tornaban cada vez más y más borrosos. Los objetivos materiales del conflicto, en cambio, ganaban protagonismo con rapidez, e incluso se daba publicidad a una meta absolutamente imperialista como lo era la eliminación de la guerra en Europa mediante al establecimiento de una hegemonía alemana.»³⁰

Sorge no se sentía muy feliz en esa Alemania y «no sabía qué hacer».³¹ Ofendido y asqueado por la corrupción de la vida civil, decidió regresar al único mundo adulto en el que alguna vez se había sentido cómodo: la camaradería de las trincheras. Se ofreció voluntario a regresar a su unidad incluso antes de que su convalecencia hubiera terminado oficialmente. Para entonces, las ofensivas lanzadas por los alemanes en el verano de 1915 en Gorlice-Tarnów, en Galitzia, y en los lagos de Masuria, en Prusia Oriental, habían empujado al ejército ruso centenares de kilómetros más allá de la frontera previa a la guerra. Sin embargo, cuando Sorge volvió con su regimiento descubrió que la mayoría de sus viejos amigos habían pagado ese avance con la vida. Los supervivientes estaban hastiados de la guerra. «Todos los hombres soñaban con la paz en sus ratos libres. El hecho de que, pese a haber penetrado ya en el corazón de Rusia, no hubiera aún un final a la vista, hacía temer a algunos que la guerra nunca terminaría.»³²

Herido de nuevo a principios de 1916, Sorge se encontró con un Berlín que se precipitaba con rapidez hacia las garras de «la reacción y el imperialismo» y terminó convenciéndose de que «Alemania no estaba en condiciones de aportar al mundo ... nuevas ideas». Ese quizás fuera el despertar de su conciencia revolucionaria, pero pese a ello Sorge, que ya tenía veintidós años, se ofreció una vez más a regresar con su regimiento en el frente oriental. «Sentía que era mejor combatir en un país extranjero que quedarme en casa para hundirme todavía más hondo en el lodo.»³³

Luchando en territorio del imperio ruso, Sorge conoció por primera vez a algunos comunistas de verdad: dos soldados que estaban en contacto con grupos políticos radicales en Alemania y que con frecuencia hablaban de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, los líderes de la izquierda revolucionaria alemana. El socialismo, le explicaron a su joven compatriota, era el camino para «eliminar las causas de toda esta autodestrucción carente de sentido y acabar para siempre con la repetición incesante de la guerra ... Lo que queremos es una solución amplia, una respuesta permanente a escala internacional».³⁴

En marzo de 1916, tres semanas después de su regreso al frente, cerca de Baranóvichi, al suroeste de Minsk, Sorge resultó herido por tercera vez. En esta ocasión estuvo cerca de la muerte, pues la metralla le destrozó ambas piernas y le amputó parcialmente tres dedos. Producto de esas lesiones fue la pronunciada cojera que padeció el resto de su vida. Después de un recorrido agónico a través de la Rusia ocupada, le trasladaron al hospital universitario de Königsberg, la capital histórica de Prusia Oriental, que los alemanes habían conseguido recuperar hacía poco. Como consecuencia de lo ocurrido, Sorge fue ascendido a cabo y condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase y se le licenció del ejército por razones médicas. Por esos días se enteró además de que dos de sus hermanos habían muerto en combate.³⁵

El proyectil ruso que le destrozó las piernas y su carrera militar también acabó con sus últimas ilusiones. «Me sumergí en una confusión del alma intensa», escribió. Desarrolló una acentuada

repulsión hacia «las declaraciones de espiritualidad e idealismo pregonadas por las naciones en guerra» y, al mismo tiempo, empezó a creer que «un cambio político agresivo era lo único que podía sacarnos de ese atolladero».³⁶

Como muchos de sus contemporáneos, Sorge había sufrido un renacimiento violento. La experiencia lo aisló en un mundo interior, separado de su familia y de su clase social, y lo obligó a cuestionar los cimientos mismos de la sociedad en la que había crecido.³⁷ Por la misma época, en el hospital militar de Beelitz-Heilstätten, cerca de Berlín, otro cabo de infantería alemán que también estaba recuperándose de las heridas sufridas en la guerra era víctima de un tormento similar. «Vinieron después días terribles y noches aún peores. En esas ocasiones, crecía en mi interior el odio hacia los responsables», escribió Adolf Hitler en *Mein Kampf* (*Mi lucha*), las memorias que publicaría en 1925. «En los siguientes días, se me reveló mi propio destino ... Por mi parte, decidí entrar en política.»³⁸ La ira y la repulsión que llevaron a una generación entera de jóvenes veteranos a la política radical, tanto en la izquierda como en la derecha, manaban de la misma fuente.

Sometido a un tratamiento de tracción que lo mantenía inmovilizado en la cama del hospital, Sorge empezó a buscar su camino hacia la verdad a través de la lectura. Una «enfermera muy culta e inteligente» del hospital de Königsberg le proporcionó los libros que se convertirían en las piedras angulares de su socialismo: *Das Kapital* (*El Capital*) de Karl Marx, *Anti-Dübring* de Friedrich Engels y el tratado *Das Finanzkapital* (*El capital financiero*, 1910), de Rudolf Hilferding. El padre de esa enfermera, que era médico, le ofreció a Sorge una «exposición detallada sobre el estado del movimiento revolucionario en Alemania, los diversos partidos, facciones y grupos que se habían organizado y las manifestaciones internacionales del movimiento revolucionario. Era la primera vez que oía hablar de Lenin y de lo que hacía en Suiza ... Para entonces yo ya me consideraba un apóstol del movimiento obrero revolucionario».³⁹ Por esa época devoró también las obras de Kant y de Schopenhauer, de los filósofos griegos de la Antigüedad y de Hegel: «Una escalera al marxis-

mo». Por primera vez en muchos años y «a pesar de la gravedad de mis lesiones y el dolor insoportable que conllevaba el tratamiento, me sentía feliz». ⁴⁰

Después de dedicar semanas a aprender de nuevo a caminar, a finales del verano de 1916 Sorge pudo por fin regresar a Berlín con su madre y en octubre se matriculó en la facultad de economía de la Universidad de Berlín. Durante esos estudios, el esfuerzo bélico y la economía de Alemania comenzaron a desmoronarse. «La cacareada máquina económica alemana se vino abajo hasta quedar en ruinas; yo mismo, al igual que muchos otros miembros del proletariado [*sic*], sentí el colapso a través del hambre y la constante escasez de alimentos. El capitalismo se había desintegrado en sus partes constituyentes: anarquismo y comerciantes sin escrúpulos. Fui testigo de la caída del imperio alemán, cuya maquinaria política había sido calificada de indestructible. Los miembros de la clase dominante del país, que ante estos acontecimientos solo habían sabido negar con la cabeza en un gesto de desesperación impotente, se dividieron tanto moral como políticamente. Desde el punto de vista cultural e ideológico, la nación se encomendó a una habladuría vacua sobre la herencia del pasado o recurrió al antisemitismo o el catolicismo romano.» ⁴¹

En noviembre de 1917, la noticia del golpe bolchevique en Rusia contribuyó a cimentar de forma decisiva las cada vez más fuertes convicciones socialistas de Sorge: «Decidí apoyar el movimiento no solo teórica e ideológicamente, sino convirtiéndome en parte real de él». ⁴² Casi toda una vida después, encerrado en una prisión japonesa y condenado por ser un espía comunista, seguía convencido de que «mi decisión de hace unos veinticinco años fue correcta ... el movimiento obrero revolucionario apoyaba y luchaba por la única ideología fresca y eficaz. Esta ideología, la más compleja, atrevida y noble, se esforzaba por eliminar las causas, económicas y políticas, de esa guerra y de cualquier otra guerra futura a través de una revolución interna». ⁴³

El periodista británico Murray Sayle ha señalado la sorprendente semejanza entre Sorge y otro gran espía soviético, Kim Philby, al que entrevistó en Moscú en 1967. Aunque de diferen-

tes generaciones, Philby y Sorge eran «gemelos psíquicos», escribió Sayle, «dos ejemplos de manual de la rara especie a la que podríamos llamar el *Homo clandestinus*: hombres para los que las vidas aburridas y sin secretos que llevamos las demás personas son, sencillamente, vidas que no vale la pena vivir. Las similitudes entre los dos resultan más que inquietantes. Ambos eran hijos de expatriados, nacidos lejos de los que supuestamente debían ser sus hogares ... Ambos gozaron de una educación privilegiada que los convirtió, al menos en su apariencia externa, en convincentes representantes de sus respectivas clases altas ... Ambos se convirtieron en comunistas siendo estudiantes impresionables, ambos en momentos en los que el comunismo estaba de moda entre los intelectuales jóvenes. La influencia decisiva fue, en uno y otro caso, la guerra».⁴⁴

Sorge se licenció formalmente del ejército en enero de 1918. De inmediato se dirigió a Kiel, la sede de la Armada Imperial alemana, un conocido semillero del movimiento socialista. Ya fuera por suerte o por una decisión meditada, se encontró en el epicentro de la revolución que iba a cambiar a Alemania.